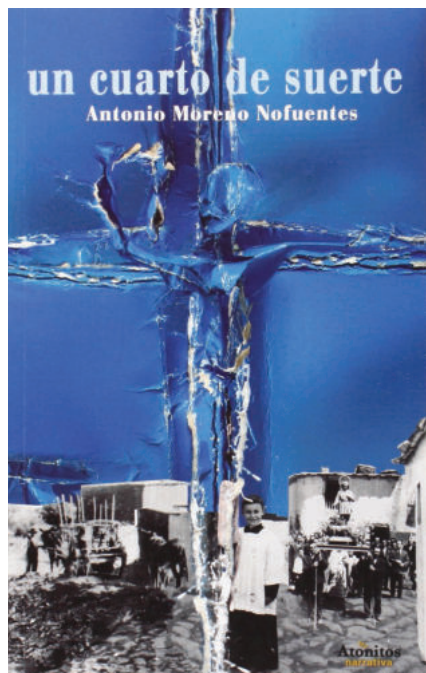


MORENO NOFUENTES, Antonio. *Un cuarto de suerte*. Málaga: Atónitos, 2014. 180 pags.



Ignoramos si cuando Antonio Moreno Nofuentes escribe *Un cuarto de suerte* conoce las publicaciones y estudios etnográficos más significativos que sobre la comarca del Marquesado del Cenete se vienen realizando. De alguna forma fue el profesor Francisco Checa el primero que con *Pastores, labradores y mineros* (Lanteira, 1995), inaugura esta serie de trabajos antropológicos o etnográficos. El suyo fue el resultado de una tesis doctoral, por lo tanto un estudio sistemático de las bases económicas, el agua, la tierra, la minería, la ganadería, las estructuras sociales y políticas, el ciclo festivo, etc. Fue un trabajo exitoso en el que por primera vez se intenta penetrar en las tradiciones comarcanas, en las prácticas culturales, entrelazadas con los ritos, estamentos sociales, producciones materiales y representaciones simbólico-festivas.

Continúa el profesor Ricardo Ruiz con *Lumbres de invierno*, una obra en la que narra en primera persona las experiencias vividas en su infancia y nos adentra en “los trabajos y los días” de un pueblo de la comarca, Dólar. Con un estilo vibrante, apasionado y vital el profesor Ricardo nos expone las vivencias cotidianas de los habitantes de esta villa marquiseña. Historia, etnología, actividades económicas y festivas, oficios y cortejos de novios, retrato de una vida rural que se extingue lenta e inapelablemente.

En esta ocasión Antonio Moreno, desde Aldeire, viene a retomar el tema y continúa con la divulgación de una forma de vida ya en profundo declive, aunque de contenidos casi inagotables, como son los usos, costumbres y tradiciones de las gentes del Marquesado del Cenete. Con un estilo ágil, vivo y atractivo Antonio organiza sus contenidos en torno a las cuatro estaciones del año, colocando a los personajes en su contexto, metiéndose en su piel e interpretando sus deseos, anhelos, sueños y avatares cotidianos, de manera novelada y con unos diálogos acertados.

La omnipresente figura, de mármol blanco, del Corazón de Jesús vigila y marca los tiempos desde la magnífica atalaya que le facilita el castillo de la Caba. La vida en el pueblo sigue un ritmo pausado, marcado por la meteorología y las cuatro estaciones. En el otoño “la suerte se escurre de entre las manos como una rana”, dice Antonio. El frío se deja caer desde las alturas de la sierra, hay que

hacer las sementeras, apilar la leña y resguardar los frutos del verano: farfollar el maíz, buscar huecos para almendras, castañas, peras, serbas y hortalizas recolectadas y asadas. En el capítulo “Rosalía”, Antonio nos adentra con indudable acierto en el excitante tema de las relaciones de noviazgo de los años cincuenta del pasado siglo. Había empezado la repoblación forestal y bastantes peones se ganaban un jornal abriendo hoyos (chivatas) en la sierra. Los sábados podía haber baile y era la única oportunidad, aparte de las fiestas del ciclo anual, para intentar hablar y rozarse con la moza de tus sueños. En un universo tan pequeño surgen rápidamente las contradicciones de estatus (labrador-minero), condición social y barrio en el que se vive, aportando no pocos problemas y conflictos a las difíciles relaciones hombre-mujer; las citas a escondidas, la dote para contribuir al matrimonio, novias que escapan con los novios ante la ausencia de consentimiento paternal, la intervención del cura en defensa de “la moral y las buenas costumbres”. “Cada día tiene su fruto y cada noche su secreto”.

El invierno es tiempo de matanza, de chimeneas encendidas, chiscos de San Antón, nieve en los Morrones y sementeras que apuntan el primer verdor. En “La risa de Juan”, Moreno Nofuentes nos dibuja un pueblo con sus calles y campos repletos de niños, los juegos populares y el rigorismo de la escuela franquista; más de una vez los fuertes nevazos se dejaban caer sobre terraos y calles ralentizando los quehaceres de la vida cotidiana.

La primavera a veces tarda en llegar, los almendros, cual nubes de algodón lechosas, colorean los campos. Hay que hacer los riegos eventuales en los trances del llano porque la nieve se está derritiendo y sobra agua en la vega; la arboleda reverdece con sus potentes yemas, se acerca San Marcos y los mayordomos pronto elegirán sus “borreguicos”, espera la procesión y las bendiciones de los animales, después, en mayo, los músicos tomarán las calles con sus conocidas tonadas y los cohetes tronarán en el cielo avisando a toda la comarca.

El verano es tiempo de gran actividad, tiempo de “segaores”, de carros que vienen y van, los guardas rurales acechan a los pastores y las cosechas, “los molinos esperan sedientos, la suerte está echada”. En “El alacrán y la melliza” Antonio Nofuentes nos narra la dureza de las faenas de la siega. Como en los demás pueblos del Cenete, a Aldeire también acudían cuadrillas de alpujarreños, especialmente de Bayárcal y Laroles, a segar a los llanos cebadas y trigos. Por un tiempo los infinitos campos se poblaban de grupos de jornaleros, niños, hombres, mujeres tapadas hasta los ojos para combatir el insoportable calor; había que preparar migas y olla para comer y algunos aljibes suministraban agua a hombres y animales; entre el canto de las chicharras, manguitos y dediles, las hoces iban y venían rasgando los ásperos tallos de la mies, y el tamo, la sequedad y el calor penetraban hasta el último poro de la piel de los esforzados trabajadores del llano.

Pero tanto esfuerzo y sudor no iba a quedar sin compensación. Para ello están las fiestas de agosto; los carros se apretujan en círculo. ¡Vienen los toros! Las “volaeras” y los puestos de turrón copan calles y rincones; los azafates van y vienen cargados de agua jabonosa, hay que oler a limpio, comulgar y asistir a la procesión de la Virgen del Rosario; los cohetes atronan por las ramblas, los niños

corren a coger las cañas, las calles engalanadas acogen las filas de los fervorosos fieles con sus velas centelleantes... y por fin el baile, la banda de música y los pasodobles.

Este libro es un retrato de la vida rural en un pueblo del Cenete muy bien planteada por el autor, con un vocabulario exacto que recoge perfectamente palabras y expresiones propias de la comarca, con una descripción de personajes, ropas, utensilios y escenas muy realistas que consiguen crear una atmósfera envolvente para que el lector penetre en las historias como si las estuviera viendo directamente en una representación teatral o cinematográfica.

En definitiva, una publicación de calidad que de manera amena aborda la vida marquiseña en los años cuarenta o cincuenta del pasado siglo, que hace una buena aportación a los estudios sobre el tema y que es merecedora de tener una amplia difusión en ámbitos académicos y ciudadanos. ¡La mesa está servida!, y aún queda espacio para que Antonio Moreno Nofuentes u otros investigadores y divulgadores sigan profundizando en nuestras tradiciones, ritos y costumbres, en estas rendijas de la cultura andaluza y en estos pueblos de la cara norte de Sierra Nevada, tan desconocidos y de tan rico patrimonio cultural.

*Antonio CASTILLO LÓPEZ
Asociación Cultural Sened*